

**SEMINARIO:
LA TORTURA EN AMERICA LATINA
LA TORTURA EN LA INFANCIA**

Los que gustamos de la literatura nos hemos encontrado muchas veces con obras de fantasía que relatan el rapto de niños. Se me ocurre en este momento aquella "Gitanilla" de Cervantes, donde unos gitanos -cuándo no, dirían los integrantes de la raza calé, siempre tan criticados- roban una niña y la convierten en una bella gitanilla, situación que se mantiene hasta que se descubre la verdad...pero esto es puro ficción...

Si acostumbramos a leer los periódicos, a menudo estos nos informan en ciertas épocas más que en otras, sobre los robos de niños que se producen en hospitales, donde algunos "profesionales" encuentran muy fácil hacer pasar por muerto al hijito de alguna pobre muchacha, para quedarse con él y venderlo posteriormente, por muy buen dinero, a algún matrimonio sin críos... Si lo de la literatura nos producía el placer que da toda obra bien hecha, esto otro nos provoca un brusco escalofrío porque nos permite medir en cierta manera, las hondas profundidades de la miseria humana.

Pero -me pregunto- ¿Alguien, antes de 1976, se habrá imaginado que a esta altura de la civilización podría llegar a hablarse de algo tan monstruoso como lo es esta nueva forma de tortura colectiva inventada en nuestro país por los represores de turno? Me refiero al secuestro de niños, efectuado a veces, al mismo tiempo que el de sus madres, las que después, en la mayoría de los casos, pasarían a integrar la larga lista de desaparecidos. También a los niños nacidos en cautiverio. Se trata del secuestro o robo de niños tomados como botín de guerra, como si fueran una casa, un electrodoméstico, una vajilla o cualquiera de esas cosas que también se llevaban.

¿Por qué decimos "tortura colectiva"?

Porque está claro que es así. Tortura al menor arrancado por la fuerza de los brazos o del vientre de su madre, obligado a presenciar los golpes, el esposamiento, el encapuchamiento, la tortura en sus múltiples formas, aplicadas a sus padres.

Tortura a esos mismos padres, no solamente por la utilización de todos esos métodos inhumanos, sino, especialmente, por todo aquello que habrá significado no poder defender a la carne de su carne, ni conocer el destino que sus captores les tenían reservado.

Tortura a toda la familia que se encuentra impotente ante tal avasallamiento.

Tortura en fin, a la sociedad toda que se siente indefensa ante quienes -utilizando un poder usurpado y valiéndose de los medios que el propio pueblo provee a los que supone deben defenderlo- se consideran dueños de la vida de los pequeños y con derecho a cambiar su identidad, someterlos a la condición de esclavos y sumirlos en un oscuro mundo de mentira y ocultamiento.

Es esta la más vil, inhumana, anticristiana, inconcebible hasta hace 10 años, manifestación de la tortura.

Quiero analizar en todos sus detalles este dramático tema, como una forma de colaborar a su erradicación definitiva y total de toda sociedad que se considere mínimamente civilizada.

Imaginen un niño que es arrancado de su casa, de la calidez de su cama o cuna por la noche, y ve cómo se llevan a sus padres esposados, encapuchados, a golpes e insultos, camino de la cámara de tortura... Pensemos por un instante en esos niños, mirando azorados, sin comprender nada, cómo sus padres, esos seres que lo aman y a quienes el también ama, que lo han mimado, que lo han acunado en sus brazos, cómo ese hombre y esa mujer son tratados por que animales por otros seres aparentemente de la misma condición, aparentemente hombres como ellos, como tantos que habrá visto en las calles, en las fiestas familiares, en la puerta de los colegios.

¿Qué habrá pasado por esa mente infantil? ¿Quién puede medir la profundidad del golpe recibido en ese espíritu, en esos ojos, en esos oídos, en ese pensamiento?

Y después la separación, el desgarramiento, la ruptura con todo lo que hasta ese minuto infernal había sido su pequeña vida.

Y más tarde, el ingreso a un nuevo ámbito que lo recibe desde la complicidad y la mentira. Complicidad con el delito que ha permitido su apropiación, mentira en los sentimientos perversos que se fingén ante la indefensión de la criatura... Porque ¿Qué amor es ese que se fundamenta en el odio, el crimen, en la desaparición? No, no es amor aunque quiera parecerlo.

Continúa pues la tortura sobre el menor que se preguntará: ¿Dónde están mis padres? ¿Quiénes son estos que pretenden serlo? ¿Qué familia es ésta que me es desconocida? ¿Dónde está mi hogar? ¿Mi retorno? ¿Las cosas que me rodeaban? ¿Mi nido ecológico?

Y así, día a día, noche a noche van sumándose los meses y los años como losas que bloquean al pequeño y van enfermándolo poco a poco, cruelmente su psiquis infantil.

La tortura adopta las más variadas formas, porque hasta lo que aparece como manifestación de amor paternal, no es otra cosa que una nueva manera de tortura sutilísima.

El nuevo hogar no es un sitio en el que la vida normal y honesta pueda desarrollarse. Allí todos mienten, todos temen que sus mentiras sean descubiertas. El clima opresivo y de permanente tensión es otra forma de tortura para la pequeña criatura, que lo advierte sin darse cuenta de ello. Está siempre vigilado, sobreprotegido de modo enfermizo. Hasta su ingreso en la escuela es diferente al de todos los niños. El no es como los otros, no tiene libertad, está siempre envuelto en un aire de temor, de desconfianza. Es la tortura que continúa apareciendo cada vez con una cara nueva.

Y qué decir de la época en que el niño comienza a formular las inocentes preguntas, a buscar los lazos que deberían unirlo a esa familia que dice ser la suya ¿Dónde hay una fotografía de su madre embarazada, esperándolo con ansiedad y amor? ¿Y la de sus padres con él en brazos cuando tenía apenas unos días? La mentira no alcanza a cubrir todos los resquicios, siempre quedan espacios vacíos para la posterior reflexión... y esto es también parte de la misma tortura.

Más adelante todavía, la inevitable lucha interior entre el miedo a la verdad y sus implicaciones y la tremenda necesidad de conocerla; marcarán otra expresión de la tortura permanente a que ha sido sometido el niño secuestrado.

A todo lo anterior habría que agregar algo tal vez increíble. Y aquí cabría repetir la frase de un nazi que seguramente nuestros militares tuvieron muy en cuenta: "Hay que hacer cosas tan horribles que la gente se resista a creerlas".

Eso tan increíble y tan horroroso es que algunos de los niños secuestrados no sólo sufrieron tortura psíquica sino que fueron torturados en su frágil, pura y débil carne. No hay muchos monstruos, ni siquiera en los cuentos infantiles que se hayan atrevido a tanto.

Hasta que cada uno de estos niños no haya sido reintegrado a su familia verdadera, la tortura continuará destruyéndolo inexorablemente.

Y ahora, analicemos la sociedad en la que ésto sucede, una sociedad indudablemente enferma. Porque si ha permitido, sin oponerse a ello, que el estado, por medio de sus funcionarios, se apropie de un niño, si ha sido capaz de convivir con la mentira, con el secuestro, con la esclavitud de un niño, nadie puede negar la evidencia de su enfermedad, grave enfermedad.

El miedo que es una forma de tortura, ha paralizado sus sentimientos y sus acciones, lo ha convertido en cómplice involuntario de un delito de lesa humanidad.

Y la conciencia, que no duerme, lo tortura permanentemente con su voz acusadora.

Cada vez que nace un niño en su seno, piensa con vergüenza, con temor, con angustia, en aquel pequeño de cuya esclavitud es cómplice. Es la tortura que va cumpliendo su tarea de destruir o debilitar lo mejor del ser humano para hacerlo presa más fácil de los mercaderes del odio.

Aquellos que no aceptan la situación, pero tampoco pueden hacer nada, son torturados por su propia impotencia. Sienten que han sido violados sin poder defenderse.

Hasta que no se haga la luz sobre todo esto tan trágico, todos continuaremos torturados, de diferentes maneras y por diferentes razones, pero torturados.

La sociedad seguirá enferma, porque el medicamento para su mal, es solamente la verdad.

Y ahora, hablemos de todos los niños nacidos durante el tiempo de terror, aún los nacidos realmente en los hogares de los represores. ¿No llegará, no habrá llegado ya el momento en que, sin atreverse a averiguarlo francamente, comience a preguntarse: ¿Serán éstos mis padres? ¿No serán unos monstruos que me han robado después de torturar o matar a mis verdaderos progenitores?

Cuántos pensamientos desorientados nacerán y morirán sin respuesta en esas cabecitas inocentes. Los propios hijos de los victimarios, serán, son víc-

timas de todo el horror creado en esa casi locura del transitorio poder totalitario, horror que todavía se prolonga en sus consecuencias.

Toda una generación de niños que ahora tienen entre 14 y 15 años, está condenada a sufrir por largo tiempo, una suerte de tortura psíquica producida por el desconocimiento de su propia identidad, o la duda sobre ella, por la desconfianza acerca de su pertenencia a determinada familia, acerca de las vinculaciones filiales con quienes tiene por sus padres.

Toda esta generación de niños anuncia un futuro de hombres enfermos, sin posibilidades de salvación a menos que la sociedad se sacuda el miedo y la indiferencia y se decida a trabajar, a luchar por la restitución de la verdad, por el esclarecimiento de todas las situaciones de mentira, de delito que la han degradado y envilecido. Se decida a trabajar en la dura pero maravillosa tarea de buscar y restituir los niños secuestrados a sus legítimas familias.

Este es el llamamiento que hacen las Abuelas de Plaza de Mayo, para que todos pronunciamos un NUNCA MAS vehemente, que exija la eliminación definitiva de la tortura en todas sus sofisticadas formas y también y muy especialmente la que se ejecuta sobre los niños, por parte de un estado terrorista.

ABUELAS DE PLAZA DE MAYO
Buenos Aires, noviembre de 1985.